

DISCURSO DEL EXCMO. SR.

D. VICENTE COLOMER VIADEL,

RECTOR MAGNIFICO

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades.

Queridos compañeros universitarios.

Señoras y señores.

Estamos hoy convocados aquí, precisamente, para celebrar uno de los actos más genuinos y a la vez más trascendentales de nuestra Institución como es incorporar a nuestra Comunidad un nuevo miembro, por sus relevantes méritos, confiriéndole, a estos efectos, el máximo título que la Universidad puede otorgar: el de doctor.

Y de nuevo, análogamente a como se viene haciendo desde siglos atrás, revivimos nuestras más puras tradiciones en un acto en donde simbólicamente mostramos a la sociedad la grandeza de nuestra Institución y la transtemporalidad de sus esencias y objetivos últimos.

Y nuevamente no faltarán los escépticos ni los vacíos superficiales que nos reprochen nuestro viejo, grave, y lleno de simbolismos, ceremonial como algo caduco y quizás, para algunos, obsoleto y decadente. A ellos yo les diría, siguiendo a Maritain, «que no existe fe más que en lo que se tiene por intrínsecamente fundado en la verdad, ni asentimiento de la inteligencia sin fundamento y justificación teóricas; así si el Estado o el Magisterio han de actuar de manera verdaderamente eficaz en el cumplimiento de su misión de enseñar no pueden, para que las mentes lleguen a estar en posesión de un fundamento y una justificación semejantes y perciban como verdadero lo que se les enseña—, dejar de recurrir a las tradiciones y escuelas de pensamiento filosófico o religioso que actúan espontáneamente en la conciencia de la nación y que han contribuido históricamente a su formación.

Y a los que adjetivan de decadente a nuestra Institución, con la ingenuidad del moderno ignorante, yo les recordaría, como afirmaba el filósofo rumano Emile Cioran, que «Las únicas épocas que han valorado cualidades menos feroces que la maestría en el asesinato con las fases históricas llamadas decadentes, signos de vida: la crueldad, el fanatismo, la intolerancia; signos de decadencia: la amenidad, la comprensión, la indulgencia» por ello el autor se siente fascinado por la decadencia, sucedáneo lúcido del progreso, momento en que la historia parece mitigar su inhumanidad y contradecir, en favor de los individuos, algunos de sus más crueles supuestos. Pero lo más notable, no es la vinculación entre la tolerancia y decadencia, fruto de esos instantes en que una disminución en la vitalidad de un colectivo le hace menos activo, y por tanto menos dañino, lo principal quizás sea que las épocas de decadencia comportan un ambiente propicio y unas mayores probabilidades estadísticas de clarividencia, que son eras fundamentalmente lúcidas.

La inteligencia no florece más que en épocas en que las creencias marchitan su intransigencia, en que sus artículos y preceptos se relajan, en que sus reglas se flexibilizan. Por eso defendamos orgullosos nuestra vitalista y renovada decadencia, no en el sentido peyorativo de la decrepitud hacia el fin, sino en el conocimiento de que esa situación ha sido forjada por el sedimento histórico de siglos de reflexión que han sublimado las más puras esencias que hoy revivimos y recordamos. Sólo los bárbaros o los pueblos ignorantes no pueden comprender la decadencia, como perfeccionamiento del espíritu, pues jamás han llegado a conocer la civilización. Por ello mostremos con legítimo orgullo las pompas de nuestro anciano ceremonial, prueba tangible de la madurez histórica; por eso recreémonos en nuestra decadencia esplendorosa que nos hace ser lúcidos y tolerantes; por eso compadezcámonos de los necios o los fatuos modernistas que pretenden que abandonemos nuestras rancias tradiciones para igualar en la mediocridad en vez de estimularse en la superación.

No es fruto del azar que la comunidad universitaria me escuche con reiterada frecuencia adjetivar a la Universidad refiriéndome a ella como nuestra Alta Institución puesto que lo hago desde el cono-

cimiento y el convencimiento de que la cultura no pertenece a una época ni a un estilo de vida, sino que está unida, indeleblemente, al espíritu de la Humanidad, lo que hace que estemos por encima de la pedestre historia del hoy o la azarosa oportunidad del momento.

Y precisamente por esa memoria histórica que nuestra Institución tiene, es necesario reconocer a los que han sabido tener la autoridad racional, no sólo basada en la capacidad para realizar ciertas funciones sino igualmente en la esencia misma de una personalidad que ha conseguido un alto grado de desarrollo e integración. Autoridad que no se fundamenta en la fuerza ni en la amenaza, sino que se cimenta en la experiencia, la generosidad y la sabiduría.

Erich Fromm señalaba las cualidades que debería reunir el Hombre Nuevo cuya aparición debía alentar la sociedad. Ellas son:

- Estar plenamente presente donde uno se encuentra.
- Sentir la alegría que causa dar y compartir y no acumular y explotar.
- Desarrollar la capacidad de amar, y el pensamiento crítico, no sentimental.
- Desprenderse del narcisismo y aceptar las trágicas limitaciones inherentes a la existencia humana.
- Hacer del pleno desarrollo de sí mismo y del prójimo la meta suprema del vivir.
- Saber que para alcanzar esa meta es necesaria la disciplina y respetar la realidad.
- Percibir la unión con la vida, y por consiguiente renunciar al objetivo de conquistar a la naturaleza, someterla, explotarla, violarla, destruirla y en vez de ésto tratar de comprender y cooperar con ella.
- Entender, por fin, que sólo muy pocos han alcanzado la perfección en todas esas cualidades y **ser**, sin la ambición de «alcanzar la meta» reconociendo que esta ambición sólo es otra forma de codiciar, de tener.

Todas estas virtudes y vuestra reconocida autoridad científica, Profesor Wagner, os han hecho acreedor de esta alta distinción que

nuestra Universidad hoy os ha otorgado: el título de «Doctor Honoris Causa». Entrad, pues, resuelto en nuestra comunidad, anciana en tradiciones pero pletórica de juventud en espíritu e ilusión de futuro. Integraros con nosotros, con la responsabilidad añadida de que sea la Universidad en Córdoba la que os acoge y que fue esta ciudad milenaria, crisol de influencias y culturas, la que se erigió, en su momento, adelantada de la metodología científica y puente cultural entre el foco de la ciencia antigua y la atrasada latinidad. Que Córdoba fue en el siglo X, marco de un magno mestizaje cultural presidido por las virtudes propias de este antiguo y ejemplar país de Andalucía: el ocio creativo, la tolerancia y el diálogo.

Y que con este mismo y envidiable secular espíritu de amistad y respeto, os acogemos con la certeza de que al hacerlo no solamente cumplimos con un honroso deber sino que también satisfacemos el legítimo derecho de nuestra Institución de prestigiarse y enriquecerse con vuestra eminente incorporación.

Que nuestra Universidad sepa cumplir con su deber histórico y que usted quiera y pueda responder con vuestro esfuerzo y cooperación a la esperanza e ilusión con que hoy os recibimos y cobijamos.

Así sea.

Nada más y muchas gracias.